LECTURAS

PROYECTO

I

El propósito que quiero resumir en el título general de estos artículos se reduce á un ensayo de *crítica popular:* así como hay escritores que consagran parte de su atención y de su trabajo á popularizar el tecnicismo de las artes ó á divulgar, en forma clara y asequible á todos, los principios y los resultados de las ciencias principales, también se puede, y yo creo que se debe, popularizar la literatura. Ya se sabe que no se ha de pretender convertir en literatos á todos los lectores, como nadie pretende tampoco, con obras como las de Flammarion, Figuier y las que aparecen en las colecciones de Manuales útiles de artes y oficios, convertir en doctores ni en maestros á los que leyeren. No podría caer mayor calamidad sobre el mundo que el milagro de infundir la sabiduría de un bachiller de los ordinarios á todos los habitantes del planeta. Yo, que soy bachiller, sin perjuicio de ser doctor también, creo

firmemente que la sociedad se acabaría si todos fuésemos bachilleres. No se trata de eso, sino de atemperarse al sentido aceptable que tiene el refrán que dice: «el saber no ocupa lugar.»

Un saber desinteresado, sin pretensiones de perfecto, ni siquiera de académico; un saber que sea *divinarum atque humanarum rerum notitia*, noticia de las cosas divinas y humanas, pero no *scientia*, no ciencia, en vez de perjudicar, conviene; y la civilización, que perdería mucho con que todos los ciudadanos fuesen á las Universidades, gana bastante con que el nivel general de los conocimientos suba, y llegue á noticia de todos lo esencial de cuanto constituye el caudal de la llamada ciencia humana.

Estos conocimientos generales sirven más como elementos de educación que como otra cosa; y si esto es verdad respecto de todos los estudios, lo es de un modo evidente en lo que toca á las letras. Pero como el asunto tratado así en abstracto exige muchas disquisiciones, voy á referir mis argumentos á las materias á que mis ensayos se refieren.

La literatura no le importa al pueblo en el mismo concepto que al erudito, al preceptista, al crítico, al artista, al sociólogo, ó al filósofo. Hegel no ve en la historia de las letras lo mismo que Spencer ó Taine, ni éstos lo mismo que V. Hugo, ni éste lo mismo qne Sainte-Beuve, ni éste lo mismo que Boileau, ni éste lo mismo que... Fernández Guerra. El pueblo no necesita ver en

las letras ni el aparato de la bibliografía, ni los modelos didácticos de géneros retóricos, ni el material á que ha de aplicar especiales aptitudes del gusto y del juicio, ni ejemplos que seguir ó reformar, ni signos de cultura que le sirvan de datos para inducir leyes sociales, ni revelaciones de la psicología humana; no necesita ver nada de eso especialmente, sino algo de todo ello, en conjunto, y sobre todo ocasión para depurar los propios sentimientos, ejercitar sus potencias anímicas todas, y aumentar el caudal de ideas nobles y desinteresadas.

Esta popularización de las letras podría extenderse á todos los géneros y á todos sus aspectos y tiempos; pero yo concreto mis ensayos á tres principales asuntos generales: las letras clásicas (griegas y romanas), la antigua literatura española, y la literatura extranjera. No es que me proponga extender á todo lo que abracen estas materias mis artículos; lo que quiero decir es que todos ellos pertenecerán á algunas de estas tres grandes determinaciones (1).

La literatura contemporánea española no necesita especial exposición en forma popular, porque la crítica ordinariamente trata de los libros y de las comedias de actualidad de manera muy parecida á la que conviene para que á toda clase de lectores pueda interesar

(1) Ninguno de los artículos de este tomo trata de literatura griega, ni romana, ni española antigua: esas clases de *lecturas* vendrán en posteriores volúmenes.

lo que sobre este asunto se escriba, y pueda ser para todos claro y útil. Pero ni las letras clásicas, ni las españolas de otros tiempos, ni las extranjeras antiguas y modernas, gozan de igual privilegio, por diferentes motivos. Autores griegos y latinos, españoles de épocas pasadas, y franceses, ingleses, italianos, rusos, alemanes. americanos, etc., etc., de todos tiempos, son poco conocidos del pueblo español; los libros en que de ellos se trata no pueden ser populares, y á tales materias conviene principalmente llevar esta forma clara, sencilla, exotérica, dígase así, de crítica y de comentario, en que se prescinde del aparato científico, de los pormenores didácticos, de las trascendencias sociológicas y filosóficas que exceden de la probable inteligencia de los lectores no preparados para tales estudios especiales.

En suma, el propósito es conseguir que tanto como sabe la generalidad de los lectores de un poeta ó de un dramaturgo comtemporáneo español, de un Zorrilla, de un Galdós, de un Echegaray, pueda llegar á saberlo de otros escritores que por pertenecer á otros tiempos ó á otros países no llegan á noticia, ó llegan de una manera muy imperfecta y vaga, de lo que se llama el vulgo, acaso malamente. No he dicho bien al decir que se aspira á que se sepa tanto de estos autores como de los nuestros actuales, porque esto no sería posible, toda vez que siempre faltará á la multitud la lectura directa de los originales extranjeros, y respecto de los autores españoles de otras épocas, el conocimiento suficiente de

la vida de aquella actualidad, único que puede dar la inteligencia completa de los textos; pero al fin, mucho se habrá conseguido si se logra generalizar las ideas principales que dan á conocer los caracteres más importantes de autores eminentes y de obras notables, de su tiempo, raza y clase de cultura, facilitando así la inteligencia de las traducciones, y, sobre todo, abriendo el camino para la popularidad verdadera y eficaz de nuestra hermosa literatura española de tiempos pasados.

No necesito decir que no tengo la pretensión absurda de haber descubierto ni iniciado este propósito literario, pues refiriéndose á los mismos asuntos y con fines análogos, otros muchos, y mucho antes de ahora, han trabajado eficazmente.

Tampoco pretendo llenar una gran parte de este programa que abarca tantos puntos, sino una muy pequeña que pueda dar ejemplo á otros que sepan hacer lo mismo mejor que yo, extendiendo más el cuadro de su exposición literaria popular y valiéndose de mayor habilidad y de más conocimientos. Yo no pretendo ser en tal empresa más que uno de tantos.

Llamo *lecturas* á esta serie de artículos, porque la forma de que he de valerme será la que me sugiera el pensamiento que sigue á la lectura de los libros que hacen pensar en algo importante.

Según el asunto, según el autor, según la época de que se trate, unas veces predominará la pura reflexión

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

artística, otras la filosofía propiamente dicha, otras el elemento psicológico será el más atendido, en ocasiones el sociológico, á veces el histórico, muchos el aspecto moral, ó el puramente sentimental; sin que quepa enumerar todos los puntos de vista que cabe abarcar en esta clase de *crítica popular*, ni tampoco dar las fórmulas de las proporciones en que han de combinarse todos estos variados elementos.

Y ahora, antes de comenzar con un estudio singular de cualquiera de las tres clases indicadas, es preciso decir algo de lo que importa tener en cuenta para cada una de ellas especialmente.

Comenzaré hablando del provecho que pueda resultar de la *lectura* de literaturas extranjeras, materia que ha dado ocasión á muchas preocupaciones; después se examinarán brevemente los rasgos generales por que he de guiarme cuando escriba de autores clásicos (griegos y latinos); y, por último, se expondrá el modo especial cómo aquí hay que entender y exponer la literatura española de otros días.

II

Ha dicho madame de Staël, en su famoso libro *De l'Allemagne:* «Ningún hombre, por superior que sea, puede adivinar lo que naturalmente se desarrolla en el espíritu de quien vive en otro suelo y respira otro aire; conviene, pues, en todo país acoger los pensamientos

extranjeros, porque en este género de hospitalidad la mayor ventaja es para el que la otorga.»

Estas palabras de la ilustre autora de *Corina* son una verdad profunda; y si todas las literaturas pueden servirles de prueba, tal vez la española como ninguna. En todo tiempo nuestro ingenio español, sin dejar de ser quien era, recibió y se asimiló poderosas influencias del arte extranjero, y ya de Oriente, ya de Grecia, ó de Italia ó de Francia, en los siglos que llevamos de literatura que propiamente pueda llamarse nacional, jamás dejó de asimilarse nuestra patria algo de la vida poética exterior, como si fuera ambiente necesario, alimento insustituíble para renovar sus fuerzas. No hace falta insistir en estos lugares comunes, por más que aquellos tal vez obligados á saber mejor que nadie cuáles son los ejemplos constantes de tales influencias, son los que más vociferan defendiendo un proteccionismo literario absurdo, un aislamiento disparatado, que es á la retórica lo que la balanza de comercio á la Economía.

No hay novedad peligrosa, ni novedad siquiera, ni síntomas de decadencia (tales síntomas están en otra parte), en insistir con ahinco la crítica en el estudio de las producciones literarias extranjeras. No se debe confundir esta atención á lo extraño, cuando es prudente, discreta, reflexiva, con el atolondrado entusiasmo de cierta parte de la juventud moderna española, que sin conocimiento serio y hondo y bien guiado de nuestras

letras, ni menos de las clásicas (por culpas de los tiempos, y sobre todo de la enseñanza oficial), se entrega á los autores extranjeros, ávida de impresiones fuertes y nuevas, y no exenta de la disculpable pedantería que en ciertos años acompaña siempre á los estudios más ó menos fáciles, pero que no están al alcance del vulgo *vulgarísimo* que no entiende más lengua que la suya. Ya D. Quijote decía en una imprenta de Barcelona que traducir las lenguas fáciles no tenía mérito alguno; pero los jóvenes—y algunos viejos—no recuerdan esto, y gustan con cierta vanidad del placer de penetrar el pensamiento de italianos, franceses é ingleses. Si en la juventud literaria, demasiado *romancista* entre nosotros sin duda, hay estos defectillos, disculpables por mil razones, la crítica que se precia de estudiar y respetar ante todo lo español, y aquello en que se funda gran parte de lo español, lo clásico, bien puede, protestando contra confusiones injustas, estudiar también con atención muy seria, con gran interés, el estado actual de la literatura extranjera, considerando, ante todo, que el pensamiento vive fuera de España hoy una vida mucho más fuerte y original que dentro de casa; viendo imparcialmente, aunque sea con tristeza, que lo más *actual*, lo más necesario para las presentes aspiraciones del espíritu, viene de otras tierras, y que lo urgente no es quejarse en vano, sino procurar que esas influencias, que de todos modos han de entrar y conquistarnos, penetren mediante nuestra voluntad, con reflexión propia,

pasando por el tamiz de la crítica nacional que puede distinguirlas, ordenarlas y aplicarlas como se debe á los pocos elementos que quedan del antiguo vigor espiritual completamente nuestro.

Ejemplo de la importancia de este trabajo de la crítica lo tenemos en lo que está sucediendo con la importación del llamado naturalismo literario. Con excepción de muy pocas personas, el tal naturalismo ha servido á los escritores españoles para demostrar ignorancia, pasión ciega, imprudencia temeraria, pedantería y orgullo.

Pasma leer, v. gr., lo que acerca de Zola ha escrito el Sr. Cánovas del Castillo; y las lucubraciones de este ex presidente del Consejo de Ministros acerca de las tendencias actuales de la literatura, prueban que aun en hombres de indudable talento y de erudición reconocida, hay aquí, por lo que respecta á la literatura extranjera actual, tantas preocupaciones, errores y quijotescos desdenes, que urge, para aliviar un poco el ridículo de semejante situación, que escriban de estas materias los que de ellas sepan lo suficiente, sin entusiasmo ligero y precipitado, pero también sin prevenciones que nos dan cierto aire de semibárbaros, poco halagüeño.

No sólo son los enemigos declarados del naturalismo los que disparatan al tratar de él, sino también muchos bien intencionados partidarios de innovaciones que se hacen peligrosas en cuanto son mal comprendidas. Y

no sólo en teoría, no sólo en manos de la crítica más ó menos *titulada*, sino, lo que es peor, en poder de algunos novelistas, el tal naturalismo comienza á ser tomado por las hojas, y van apareciendo volúmenes y volúmenes de insulsas y vulgarísimas observaciones, poco más que meteorológicas, y estamos amenazados de poseer dentro de pocos años, si esto no cambia, una literatura tan abundante en páginas como soporífera.

Para evitar todos estos males, para animar á los escritores buenos, que toman de los extraños lo útil, lo necesario, y combatir á los que sin juicio, sin conciencia siquiera, imitan malamente, sin distinguir ni apreciar; para advertir al público de los peligros ciertos y de las ventajas seguras de esas influencias, ya inevitables, puede servir, y mucho, el trabajo que la crítica se tome de extender el conocimiento de los libros extranjeros modernos, del espíritu á que obedecen y de las circunstancias en que nacen.

Los señores académicos debieran renunciar á sus inútiles lazaretos y cordones sanitarios; higiene literaria, eso es lo que hace falta, y por consiguiente no hay que pensar en que no entren aquí productos extranjeros, sino en ver si entran falsificados ó corrompidos, y, sobre todo, fijémonos en lo de casa, en la podredumbre que puede haber en esos cadáveres literarios que nos empeñamos en tener de cuerpo presente años y años, consagrándonos á la idolatría más repugnante, la idolatría de la carne muerta. Venga el aire de todas partes; abrimos las ventanas á los cuatro *vientos del espíritu;* no temamos que ellos puedan traernos la peste, porque la descomposición está en casa, y además, como dice perfectamente un gran jurisconsulto alemán, Ihering, hablando de otras ideas: «poner obstáculos á la admisión de las cosas que vienen de fuera, condenar al organismo á desarrollarse de dentro afuera, es matarle. La expansión de dentro afuera sólo empieza con el cadáver.»

III

Hace poco tiempo se publicó en París un libro que llamó la atención de todos, que provocó discusiones fogosas, que mereció ser estudiado por la crítica más seria y dividió en dos campos la opinión del público y de los escritores. Un M. Frary (1) proponía la *cuestión del latín*, que este nombre se dió á la batalla, y opinaba que las nuevas generaciones no necesitan conservar la enseñanza clásica. El elemento que á sí propio se apellida liberal fué el que, por lo común, se inclinó al parecer de M. Frary; los partidarios de cambiar la sociedad cada ocho días; los que piensan que rompen cadenas ominosas quebrando las ineludibles de la tradición y de la herencia, se afanaban por demostrar que los estudios clásicos sobran; que puesto que ya casi nadie sabe griego, también se debía olvidar la lengua del

(1) M. Frary es hoy un crítico muy conocido y justamente estimado.

Lacio, aquella lengua que, según la Carmenta de Renán (que no contaba con los liberales romancistas), habían de hablar los pueblos bárbaros.

Algunas Revistas positivistas, de esas que creen que el hombre fué tonto hasta que apareció en el mundo la filosofía de los boticarios, se apresuraron á batir palmas y á propagar la proposición de Frary:—¡No más latín! ¡Muera Horacio, muera Virgilio, muera Ciceron! ¡Abajo las *humanidades* en nombre de la *nueva* humanidad!

—Estos *Sicambros* olvidan que los primeros *humanistas* fueron aquellos sabios liberales y protestantes, que se llamaron los Reuchlin, los Hutten, los Erasmo, los Œcolampadio, que se sirvieron de las *humanidades* para defender la libertad política y la del pensamiento; como también lo hicieron en Holanda—la Grecia del Norte en aquel tiempo, la que dió asilo á otros *humanistas* franceses también liberales;—como lo hicieron en Holanda digo, los Dousa, los Heinsio, los Grocio, los discípulos insignes de Scalígero y Justo Lipsio hasta Perizonio...

—¡Pero qué Perizonio ni qué niño muerto! oigo que grita, interrumpiéndome, algún crítico de salón.—¿Qué tenemos nosotros con que en Francia discutan si se debe prescindir del latín, de la educación clásica? En Francia podrán discutir eso, aquí no; aquí es ociosa la discusión: la cuestión del latín está resuelta por sí misma. Ya nadie sabe latín, y se acabó. Cuando un poeta cita un dios griego ó romano, como hace Menéndez

Pelayo, se le silba, se dice que no se le entiende, ni falta; «¡qué valiente pedante está hecho!» y se añade que ha traducido mal á Horacio, aunque no lo haya traducido. Si Valera traduce las pastorales de Longo, se le mira con sorna y se le dice medio en francés:—¿Es, pues, verdad que el señor Valera sabe griego, griego auténtico? ¡Todavía hay quien sabe griego!—Y el que habla así hace alarde de ignorar esa lengua, que, si no es madre, es *tía* de la nuestra, siendo hermana de la latina. Déjese usted, por consiguiente, de resucitar la *cuestión del latín*, que podrá ser cuestión en Francia, pero que aquí está resuelta por los hechos.

Esta supuesta interrupción de cualquier crítico temporero me tapa la boca, ó por lo menos me hace cambiar de rumbo.

En efecto; en España, donde algún día la gran revolución humana, la del espíritu, el Renacimiento, encontró eco poderoso, hoy nos volvemos paso á paso á la barbarie disimulada y olvidamos toda nuestra gloriosa tradición clásica. El que esto escribe tiene ocasión todos los años de comprobar con dolorosa experiencia que nuestra juventud no sabe ni siquiera declinar en latín. Los jóvenes más estudiosos, los de más talento y curiosidad científica, tropiezan al traducir la más sencilla frase del sintético lenguaje del Derecho Romano.

Entre nuestros literatos, igual ignorancia. Los más confiesan sin vergüenza que no entienden la lengua de Virgilio, y algunos hasta hacen alarde de ello. No falta

quien crea que el latín es cosa de clérigos, un signo de reacción y oscurantismo. Y aun los discretos disimulan apenas esta lamentable deficiencia de su cultura.

Muchas son las causas que contribuyen á tan deplorable decadencia, ó, mejor, ruina de los estudios clásicos. Estudiarlas y aun señalarlas todas, fuera trabajo para muchos artículos, y acaso algún día lo emprenda desde el punto de vista que en esta serie me he propuesto; hoy sólo debo indicar que uno de los principales motivos de este abandono está en el escaso atractivo que, dada la cultura general, ofrecen la literatura griega y romana. ¿Por qué no es agradable para los más lo que algunos alaban de buena fe, porque lo comprenden de veras? También la determinación de todos los elementos destructores que contribuyen á esta deficiencia del gusto sería muy larga tarea; pero lo principal es dejar sentado que no consiste en los autores clásicos la falta de encanto, y aun de amenidad, que la ignorancia les atribuye; no es el mal aquí objetivo, como se dice, sino subjetivo; están los lectores mal preparados para tales lecturas.

Las letras clásicas, entendidas como se debe, son la ocupación más noble en que puede emplearse el espíritu; ellas fueron alimento exquisito de las más sublimes inteligencias durante los primeros siglos del Renacimiento, y aun antes; pero las letras clásicas abandonadas á los pedantes, á los que sin comprenderlas, sin *sentirlas*, las alaban, á los *eruditos materiales* que adoran

lo viejo por viejo, lo oscuro por oscuro, lo difícil por difícil, son áridas, antipáticas, repugnantes y en rigor incomprensibles. Griegos y latinos pasados por el tamiz del dómine pedante, del Don Hermógenes de Moratín, ya no son ni los latinos ni los griegos que conoció la Historia, los de la literatura clásica profanada por tantos *leguleyos* del arte más puro. Los cuales puede decirse que están representados en aquel ejemplar de Horacio que, á manera de símbolo de tales profanaciones, nos describe Menéndez Pelayo diciendo:

> En sus hojas doquier, por vario modo
> de diez generaciones escolares
> á la censoria férula sujetas,
> vése la clara huella señalada.
>
> . . . . . .
>
> En mal latín sentencias manuscritas,
> escolios y apostillas de pedantes,
> lecciones varias, apotegmas, glosas,
> y pasajes sin cuento subrayados,
> y *addenda* y *expurganda* y *corrigenda*.
> Todo pintado con figuras toscas,
> de torpe mano, de inventiva ruda.

Tamañas profanaciones debiéronse en gran parte, desde hace ya siglos, á la enseñanza de los jesuítas, que quisieron corregir el espíritu de clasicismo arrancándole, hasta donde fuera posible, el elemento pagano, es decir, la vida, y reduciendo el estudio de las humanidades á un mecanismo en que la memoria y la pacien-

cia son las principales palancas. Sin llegar siempre á los absurdos del famoso Gaume, el espíritu ultramontano en general hizo grave daño, en nuestra tierra especialmente, á las letras clásicas. Basta para verlo una observación: hoy el latín se ha refugiado en los Seminarios, y allí es donde se maneja, sabe Dios cómo, á Virgilio, Horacio y Ovidio, con gran desprecio, por supuesto, de este último y demás escritores de *baja latinidad.* ¡Horacio y un seminarista! ¿Cómo han de entenderse?

El gusto de la poesía y de la historia clásica volvería si se convenciese el público de los lectores de mediano criterio de que no es lo mismo oir lo que dice un pedante de *Las Geórgicas*, por ejemplo, que leer *Las Geórgicas* mismas... previa la preparación necesaria. Hay que ponerse en condiciones de saborear los libros clásicos estudiando el *ambiente* dentro del cual se escribieron. Por fortuna, la filología moderna, gigantesco esfuerzo de la inteligencia humana, nos permite á poca costa saber lo suficiente de esta vida antigua para comprender á sus poetas.

Sin remontarnos á Los Vettori, Ricchiers, Marsilio Ficino y Angel Policiano, no pasando de Wolf y Bentley, Heyne y Hermán, y llegando en seguida á Ottfried Muller, á Grote y á Mommsen y á tantos y tantos otros ilustres *buzos de la vida clásica*, que la han hecho renacer á nuestros ojos; sin olvidar á los arqueólogos que han tratado especialmente de esa misma civilización

en los pormenores de la existencia ordinaria, en la descripción de plazas, baños, casas, muebles, utensilios, vestidos, etc., etc., como los famosos E. Guhl y W. Koner, tenemos sobrada materia para hacernos por algún tiempo contemporáneos de romanos y griegos, y la lectura de sus libros célebres adquiere en tal caso relieve sorprendente, como la realidad misma, y se convierten á nuestros ojos en hombres de carne y hueso, los que ordinariamente suelen ser considerados como frías representaciones de edades muertas, que no es posible resucitar ni ante la fantasía siquiera.

No se puede negar que un autor clásico necesita, para ser hoy comprendido medianamente, cierta preparación por parte del lector. Pero ni ésta es muy difícil, ni en rigor, hay arte que si ha de ser gustado *concienzudamente* (pues también el gusto tiene conciencia), no pida estudios previos, experiencia y reflexión.

La preocupación general es ver en los escritores griegos y romanos lo que tienen de antiguos, pero no lo que tienen de humanos. A esto contribuye en gran parte la enseñanza vulgar oficial que, en España especialmente, está entregada, por lo que á letras clásicas se refiere, y fuera de honrosas excepciones, á eruditos y pedantes sin gusto ni reflexión, que lo mismo se dedican á la literatura clásica que podían explicar ley hipotecaria ó destripar terrones. La literatura clásica, en lo poco y mal que de ella aquí se estudia, tiene una tirantez escolástica en la cual nada se conserva del

gran espíritu del Renacimiento, y sí todo lo que se les pegó á las *Humanidades* del saber autoritario, abstruso y mecánico de la *escolástica* y del aristotelismo falso de la Edad Media. Así como el *Derecho romano*, según aparece en nuestros malos libros de Institutas glosadas es árido, seco, insufrible, las letras griegas y latinas disfrutan de fama parecida entre el vulgo, porque se enseñan con métodos y tendencias semejantes.

En los superficiales estudios de nuestras Universidades la literatura antigua es una imposición; el profesor la admira y hace admirar bajo su palabra de honor, y los estudiantes hablan de Homero y de Virgilio, de Sófocles y de Plauto, de Luciano y de Juvenal sin saber griego ni latín; y aun en lo que de los autores se les dice, falta verdadero espíritu crítico, y filosofía de la historia, y psicología biográfica y hasta amenidad anecdótica y, en suma, todo el arte de hacer agradable, interesante, una materia que lo es como la que más en poder de escritores y maestros artistas y de buen gusto.

Suelen nuestros catedráticos y retóricos llenarse la boca llamando superficiales á los franceses y diciendo de ellos, en són de censura, que nos engañan con su habilidad para explicar clara y ordenadamente, y expresar con arte é interés y elegancia. ¡Ahí es nada! Si nosotros tuviéramos profesores de literatura clásica (sin subir á los grandes maestros) como Paul Albert, Martha, Boissier, etc., etc., no habría, de fijo, entre nuestra

juventud literaria esa vergonzosa preocupación, que acusa tanta ignorancia, según la que se cree de buen tono y muy conforme con el espíritu moderno tener en poco á griegos y latinos, ó por lo menos prescindir de ellos.

Es eso; es que en nuestras cátedras y en nuestros libros, Homero, Horacio, Esquilo, Terencio, Aristófanes, Persio, no son hombres como nosotros, sino representaciones vagas, vaporosas, de idealismos disipados, de dogmas estéticos sin vida real.

Hoy no puede estudiarse la literatura, como no puede estudiarse el derecho, ni nada, sin ese espíritu de resurrección histórica, que no es ecléctico precisamente, ni falsamente armónico, sino que consiste en la adaptación de nuestra fantasía, en lo posible, al *medio* desaparecido y que hay que renovar para comprender los fenómenos literarios, jurídicos, económicos, filosóficos, ó lo que sean, que se quiere estudiar.

Si este espíritu histórico es tan difícil en todas las materias y tan rara vez se encuentra (así, en lo jurídico, por ejemplo, se ve á cada momento juzgar la vida social y política de los antiguos por nuestro criterio moderno y hablar de división de poderes y de relaciones de Iglesia y Estado, etc., etc., tratándose de los tiempos de Numa ó del mismo Agamenón), mucho más difícil y raro es en la historia literaria, donde, en rigor, el que quiere ser historiador de veras necesita, además de ser erudito, ser un crítico flexible, educado

en la experiencia del juicio literario, constante y actual, tener el gusto muy depurado, la inteligencia libre de preocupaciones y dogmatismos, y el ánimo firme y sereno para entrar y salir en las teorías religiosas, políticas, estéticas, etc., etc., sin perder nada de su originalidad y sin dejar de ver nada por culpa de prejuicios ó complacencias con determinadas ideas.

Nada menos á propósito para interpretar el sentido de la vida literaria de los clásicos que el escolasticismo, que suele ser maestro, aquí á lo menos, de tales materias. En España, uno de los síntomas de la revolución artística ha sido para los más el *romancismo*, el odio á los griegos y latinos. Es hoy—como dice el señor Fiscal del Supremo,—y todavía los periodistas se burlan de quien sabe mitología y alude á las hermosas creaciones de la plástica fantasía clásica en verso ó en prosa.

La ignorancia del vulgo no puede sospechar todo lo ridícula que es esa protesta que se hace en nombre de la libertad literaria contra las letras clásicas. Burlarse de Horacio y de Ovidio es el colmo de lo *cursi*, aunque no lo adivinen nuestros *idealistas y naturalistas* que piensan que el ingenio y la gracia, y la intención y la malicia, son de ayer mañana.

Horacio se parece más á Campoamor, y está más cerca de ser su contemporáneo, que Quintana, por ejemplo. Está más anticuado Becquer que Ovidio. Pero es claro que el Horacio verdadero no es el que se

nos ofrece en los versos del ministro Burgos, como el Ovidio verdadero no es el que nos pintan en las obras de retórica al uso.

Nuestra época es, en literatura, probablemente de decadencia; pues bien, época de decadencia era la de Ovidio, Propercio, Persio, Tibulo, Catulo, etc., etc , y estos autores pueden ser hoy mejor comprendidos que lo fueron nunca. Hay más analogía entre Baudelaire y el autor de las *Heroidas*, que entre el autor de las *Flores del mal* y el de las *Meditaciones*.

Para penetrar bien el valor de las letras clásicas es preciso, eso sí, depurar el gusto, aguzar el ingenio, leer á los autores clásicos directamente y estudiar el *medio* en que vivieron en las obras de filología moderna, que son verdaderas maravillas de adivinación, perspicacia y exactitud.

Mas, aparte de esto, se puede, á poco que la crítica sensata propague y popularice la literatura de griegos y romanos, se puede conseguir que el público respete y admire lo que en todo país y tiempo cultos se considera como la flor de la belleza espiritual, en cuanto es ésta producto del ingenio humano.